

La posada

Para atravesar por montes y barrancos nos unimos a otros que hacían el mismo recorrido hacia el exilio, así nos protegíamos de los salteadores de caminos. Paramos a pasar la noche en Rica Posada, en la falda del monte, y la cena transcurrió en medio de un silencio amargo.

No lograba conciliar el sueño, y durante un rato seguí oyendo el rítmico tascar de las cadenas de los cabestros de los animales. Sin darme cuenta, este sonido me llevó a otro y me vino a la mente la figura de Isabel. La señora Axa, su madre, tenía un puesto de venta de leche en el mercado. Al lado del mostrador había una cuadra donde a veces comía un caballo. Cuando iba a comprar leche, solía oír ese mismo ruido acompasado. Y sin querer, y luego queriendo, pensé en Isabel. Era hija de cristianos renegados, los elches. Tenía un año más que yo y

estaba locamente enamorado de ella. Isabel tenía la piel muy blanca y una melena negra azabache que le caía en largos tirabuzones revoltosos sobre la cara; sus pestañas eran muy largas, parecían dos persianas. Se solía decorar las manos con alheña, haciendo complicadas geometrías. Era una mezcla de mora y cristiana. Sus dientes de marfil se abrían para dejar suelta la sonrisa que tenía siempre en los labios. Tanto me embelesaba, que muchas mañanas iba a por leche y traía la mitad para tener que volver por la tarde. En su casa estaban muy tristes porque desde hacía dos años su hermano Mateo se encontraba cautivo en tierras africanas, y ellos no tenían dinero suficiente para pagar el rescate. Ya no tendría ocasión de ver su semblante de gacela fresca, ni corresponder a su sonrisa, ni ver brillar sus dientes. Yo que pensaba casarme con ella... Unos ojos negros mirándome, la última imagen que tuve de ella.

Al primer rayo del alba, nada más despertarnos el canto del almuédano, reanudamos la marcha, esta vez en caravana con otros que llevaban la misma ruta. Los muleros hicieron restallar sus láti-

gos para poner en marcha las reatas de mulas. Pronto se levantó una espesa nube de polvo.

Y de nuevo formamos una fila muy larga caminando hacia la costa que nos llevaría hacia otras tierras, hacia el destierro.

Al salir de la aldea, en una esquina, un mendigo declamaba un romance al son de su laúd. Mi padre le dio unas monedas.

—Que Alá les acompañe en su viaje.

—Y que usted lo vea, buen hombre.

Y el mendigo siguió cantando:

*... De Granada se marcharon
antes de romper el alba
miren todos cómo grita
por los montes la zumaya.
En los campos de la Vega
ya se pierden las naranjas,
no hay mano que las coge
ni moro que las trabaja.
Es la mano tu mano
es la mano que marcha.*

De nuevo por los caminos en las faldas de los montes, hasta que llegamos al parador de la Cabra Montés. Al fondo divisamos la cuenca del río Verde, lo que hizo que renaciera en nosotros la esperanza de llegar pronto a su desembocadura.

Desde Otívar seguimos el cauce del río para llegar, ya al atardecer, a *Hisn-al-Munecab*, Almuñécar. Era la esperanza de un futuro más seguro. Se nos alegraron los ojos al ver un pueblo hecho de agua, blancura y luz, de casas enjalbegadas, con flores en puertas y patios, protegido bajo un monte, con su puerto y sus campos verdes alrededor. ¡Veíamos el mar por primera vez!

Los tres hermanos corrimos alocados hasta la orilla. Ante tanta inmensidad, nos descalzamos y nos metimos dentro. Cogimos agua en las manos y la bebimos con ansia, pero la escupimos al descubrir que era salada, que no era como la exquisita agua que íbamos a buscar a la fuente de Alfacar o la que bajaba de la fuente del aljibe de la Alhambra, la mejor de todas según los catadores de agua de la ciudad.

—¿Para qué sirve tanta agua si es salada? —se preguntó Elvira en voz alta.